

ARTE

UNA VISITA AL ESTUDIO DE ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

En los primeros días del pasado Septiembre visité, en su casa, al escultor cacereño. Vive Enrique en un barrio moderno, todo él formado por hotelitos con jardín. Casi nunca faltó al estudio de nuestro paisano si paso por Madrid, porque me gusta sorprender, en su trabajo, a los artistas. Así, en el caso de Comendador, he tenido la suerte de presenciar cómo realizaba las más diversas faenas del complejo cometido en que está consagrado maestro: le he visto modelar el húmedo barro, vaciar en los moldes la blanca escayola, sacar de puntos en el mármol o en la madera, esculpir o tallar directamente, cincelar el bronce, incluso dar la fina policromía a sus efigies religiosas. Es un placer de subidos quilates darse cuenta de los motivos y de las reacciones del artista en plena fiebre de trabajo. Y conversar con él cerca de su arte, oyéndole, casi en silencio, las razones y teorías con que justifica sus obras. Para ello bastan unas cuantas preguntas deslizadas, como de contrabando, a lo largo de su charla.

Pérez Comendador es un artista formado, un escultor hecho. No se le verá vacilar una vez que ha llegado a concretar su idea. Verdad es que piensa mucho antes de comenzar una estatua; lee libros y procura conocer, a fondo, el alma del personaje, el conjunto del tema. Luego de este trabajo preliminar hace unos lindos bocetos en tamaño pequeño, en barro, que siempre cuece para conservarlos. Escoge el más afortunado y lo repite en mayor escala, las veces necesarias para que la forma traduzca su pensamiento. A cada nuevo modelo le va imprimiendo más carác-

ter, en virtud de leves modificaciones: la posición de una mano, el plegado de unos paños, un detalle de indumento, la corrección de una línea. Por último, realiza la obra, acabándola cuidadosamente en su tamaño definitivo, modelándola en el dúctil barro segoviano. El vaciado en escayola le servirá luego para llevarla a la piedra o a la madera, o bien para hacer el molde en que se ha de fundir.

No hace nada sin tener presente el natural. Por eso sus esculturas tienen vida, dan la impresión de que el artista ha detenido al tiempo en el más oportuno momento. Y esta vida nos impresiona siempre de modo adecuado al asunto: ya dulce y serenamente, en las imágenes religiosas de Cristo, María, San José, San Sebastián... ya con la energía y el vigor de las testas audaces y fieras de los conquistadores, Cortés, Valdivia... ya con el ascetismo iluminado y rígido de Cisneros... o bien con la serena placidez de los asuntos clásicos, como en Estío, en Muchacha del cántaro...

Cuando llegué a casa de Enrique lo encontré dirigiendo obras de albañilería. Porque bueno será saber que nuestro hombre tiene el título de Aparejador. Ahora quiere transformar el hotelito que compró en la mansión adecuada a un matrimonio de artistas. Su esposa Magdalena, francesa de nacimiento, es una de las pintoras modernas de más fina sensibilidad y de más depurada técnica. Necesitan, pues, dos estudios de distinto carácter y en este quehacer de terminarlos se encontraba el escultor a mi llegada. No obstante, pasamos al de escultura en que trabaja

al presente. Es una elevada, luminosa y clara estancia llena de obras en trance de terminación o listas ya para ser entregadas. Sin contar con aquellas que el artista guarda para sí propio con algún motivo especial.

Lo primero que llamó mi atención fué la estatua en yeso del Cardenal Cisneros. Tiene dos metros de altura y es la segunda realización de la idea que se ha propuesto llevar a cabo el escultor. Está el franciscano en pie, viste el hábito de la orden y sobre el cuerpo erguido, magro, rectilíneo, se alza una expresiva cabeza llena de vida y de carácter. En la mano izquierda tiene un rollo de papeles, que bien pueden representar los estatutos de la Universidad Complutense; la derecha se levanta en ademán de acentuar palabras decisivas. Los rasgos fundamentales están acusados de modo tal, con arte tan certero, que se hará imposible confundir esta estatua con cualesquiera otra de su clase.

A mis preguntas me dijo Comendador que la estatua definitiva será fundida, en doble tamaño que la actual o sea de cuatro metros, y está destinada a ocupar un lugar destacado en el recinto de la Ciudad Universitaria madrileña. Le queda, pues, todavía al artista mucho trabajo. Sin embargo puedo asegurar que logrará uno de sus mejores triunfos.

A un lado del Cisneros, talla, directamente, en una delgada piedra caliza de grano finísimo un bajo relieve con tres desnudos femeninos, en escena de playa. No hay que decir más: en estos asuntos es nuestro artista un verdadero clásico, dentro de una modernidad perfecta. Recordamos, con este motivo, otros trabajos suyos con figuras femeninas, entre ellos un relieve con el nacimiento de Venus y el que le premiaron en un Concurso Nacional sobre un tema sacado de la obra de Lope de Vega. «Venus y Adonis». Pero no es necesario salir del estudio. Aquí está la

«Muchacha del cántaro», barro cocido de tamaño natural y, con entera seguridad, la pieza escultórica de mayor tamaño y dificultad que existe conseguida, sin una sola tacha, en técnica tan difícil. Su belleza es serena y reposada, las formas perfectas de línea, el modelado enérgico y dulce a la par, la actitud tranquila. Una obra artística de primer orden.

Vimos, detenidamente, dos hermosos bustos ya terminados, en bronce: Uno de Hernán Cortés y el otro de Pedro de Valdivia. Ambos, media figura de tamaño natural. Ha procurado en ellos Pérez Comendador, hacer obra definitiva, lo que ha de confirmar el tiempo con su dictamen. Son dos bronce de los cuales puede afirmarse que marcan una época en la iconografía, tan escasa y vacilante por otro lado, de los hombres extremeños autores de la gesta Americana. Ya los tiene dispuestos para su entrega, incluso con una magnífica pátina que les dió colorido aumentando su carácter. La Diputación de Badajoz, que tuvo el acierto de hacerle este encargo, está de enhorabuena y creo que el salón al cual se destinan, al par que otras obras de Hermoso y Covarsí, se verá grandemente honrado con la aportación de Comendador.

Tuve en la mano una reproducción, en bronce también, del Cristo que talló Enrique para Valverde del Camino. Es de tamaño pequeño y está en plan del cincelado final. Ni que decir tiene que, a pesar de las dificultades técnicas de su fundición, será una joya más de las que, como el bronce de San Sebastián, llenan la casa de nuestro escultor. Porque, una vez que estuvimos en el estudio, pasamos a casa del matrimonio de artistas. Vimos allí, aparte las obras de escultura, notabilísimas pinturas y dibujos de Magdalena. Pero estas obras merecen párrafo aparte. Ya le dedicaremos algunos comentarios si Dios nos dá salud y ocasión. Baste por hoy afir-

mar que Pérez Comendador se halla en pleno período de superaciones. Su decidida vocación de artista escultor, la responsabilidad que echó sobre sus hombros la Cátedra ganada en la Escuela Superior de Bellas Artes de San

Fernando y el respeto que debe a su obra realizada son otros tantos sillares sobre los cuales ha de asentarse una fama que estimo será grande y merecida.

TOMÁS MARTÍN GIL.

HEMOS VISTO

Los artistas cacereños que tanto tiempo han estado descansando sobre sus laureles hasta entrar en un lamentable periodo de marasmo, parece que han comenzado a sacudirse la pereza a la vez que han hecho su aparición valores nuevos.

De los veteranos hemos visto expuesto estos días atrás unos «bodegones» y unas vistas de Cáceres antiguo, debidos al pincel de Blasco, siempre dentro de la peculiar técnica que le caracteriza, luciendo los primeros una gaya policromía no exenta de cierto hieratismo arcaizante, así como los paisajes urbanos ofrecen un dibujo bien tratado pero con flojo y tristón colorido a base de ocre poco gratos.

Caldera ha vuelto por sus fueros de colorista, que tantos triunfos le dieron, en un cuadro sugestivo en el que una marina a la hora del crepúsculo, sirve de fondo entonado a los desnudos de dos bañistas, cuyos juegos de luz están tratados con tanto primor que su contemplación produce verdadero deleite estético.

Entre los aficionados que van surgiendo, y a los que inducimos a no desmayar en la tarea, merece citarse Carbajal, autor de un «bodegón», en el que un jarrón de cerámica popular y un libro están francamente bien de dibujo y con mucho acierto en el cromatismo y la perspectiva; el tinte-ro talaverano adolece de dureza de expresión, y el candelabro de Lucena, correctamente dibujado, desmerece por el tono dado al metal, que parece pintado al res-

plandor de una luz macilenta y verdosa en contraste con la clara limpidez que hierde el jarrón y el libro. De todos modos el cuadro es muy estimable porque señala unas condiciones de seguridad en el dibujo y de valentía en el color que son dignas de que se desvuelvan.

García Fernández, presenta también otro «bodegón» de frutas y objetos de vidrio, que si denotan una mano principiante en los secretos de la paleta, son sin embargo una muestra feliz en el diseñado, firme y seguro. El color en general es balbuciente, sobre todo el fondo y las granadas; sin embargo las uvas y los objetos de vidrio están bien conseguidos.

El escultor torremochano González Crespo nos ha ofrecido últimamente una serie de bustos que progresivamente acusan una mayor perfección. Don Javier García Téllez, don Arsenio Gállego, don Juan Leal, don Luis Rodríguez Arias, presidente de la Diputación Provincial, y don León Leal, han sido reproducidos en busto no ya solo con sorprendente parecido sino lo que es más importante, captando los matices psicológicos de los retrados, mereciendo singular destaque el del señor Rodríguez Arias, del que sin embargo nos disgusta el brillante color siena con que se nos ofreció expuesto en lugar del tono blanco-marfil que al principio tuvo y que resaltaba mejor los innegables aciertos que ostenta

CURIO O'XILLO.

VIDA Y HECHOS

EXTREMADURA VIVA, es el título de un ensayo próximo a aparecer en la revista nacional del S. E. U. — "Haz" — cuyo anticipo ofrecemos a nuestros lectores, en estas páginas del primer número de "ALCANTARA", pregón literario desde hoy de esa misma **Extremadura viva**, literaria y apasionadamente recreada por Juan Fernández Figueroa.

Componen dicho ensayo cinco apartados o fascículos, ordenados así: a) **La mixtificación**; b) **Un puente sobre el tiempo**; c) **Trujillo a la vista**; d) **Fuerzas cósmicas**; y e) **Sobre todo el hombre**. Parte esta última que adelantamos a nuestros lectores. Réstanos sólo advertir, al objeto de su mejor discernimiento, que *EXTREMADURA VIVA* constituye una revisión apasionadísima —y polémica, desde luego— de lo extremeño entendido como levadura dramática, en lo histórico y en lo humano... El telón queda, pues, alzado. La representación ha de empezar.

SOBRE TODO EL HOMBRE

"Yo soy yo, y mi circunstancia,"

He aquí que de personaje en personaje—el Tiempo, la Tierra, la Luz—hemos venido a topar, de bruces, con el hombre. Con el hombre medida y fin, cual quería el filósofo, de las cosas todas, sidas y por hacer o en gestación.

Confieso que me tiembla la mano al pergeñar el último cuadro de nuestra tragedia, pues si hasta ahora movimos sólo energías naturales, fuerza cósmica, materia, al fin, en adelante será nada menos que el hombre entero quien salga a escena, rebosando grandeza y servidumbre, dramatismo, mas también inescrutabilidad.

¿Hay artista ni escritor que no padezca frente a él parecidas desazones?. Dobles deben ser, indudablemente, las nuestras, si queremos entenderle zambullido hasta lo más hondo en su circunstancia exterior, e inidentificable fuera de ella en el caso específico que nos ocupa, de Extremadura.

«Nunca he podido verles desollados, como San Sebastianes vegetales, sin profunda emoción»—repite Unamuno, refiriéndose a la majestad de los alcornoques extremeños—, reseco por un retorcimiento de tan difícil catadura que igual puede obedecer a los ardores de la canícula estival que al propio fuego vivo de su corazón, escarnecido. Ellos, y la encina, bastan a darnos un primer esquema de lo que el hombre trasciende allí: llama interior y físico ascetismo, o, viceversa, senequismo del espíritu e incineración de los sentidos; macerados ambos, el alma y la carne, por la acritud extremosa de los elementos... Noche y día resol, escar-